



UN ÁNGEL

Mi querido Nino: Te ofrecí en nuestra despedida contarte algún día los motivos que me impulsaban á abandonar el hermoso y hospitalario continente americano, y el día ha llegado: hoy cojo la pluma para depositar en tí, una vez mas, los secretos sentimientos de mi alma. Oye, pues, y juzga si tuve ó no razon para tan brusca partida.

Cuando llegué á América y gracias á tu bondad, me encontré relacionado é introducido en los mejores círculos de aquella sociedad, tan agradable como hospitalaria. Mi genio, que tu llamas leal y franco; mis maneras que tu crees distinguidas, y mi educacion que tu calificas de esmerada, me hicieron un buen lugar en cada casa, y á los pocos meses de mi estancia allí, no habia fiesta, no habia diversion de ninguna clase, donde yo no me hallara. Comidas, saraos, giras, en todas partes figuraba, viendo así recompensados los esfuerzos que nos causa el ser agradables y bien quistos en nuestra actual sociedad.

Llegó el verano. La *first society* neo-yorkina huyó de la aproximacion del calor como una bandada de pájaros escapa al sentir la aproximacion del cazador.

Tu conoces las costumbres inglesas: así, pues, no te extrañará el número infinito de invitaciones que recibí para ir á pasar unos días en el campo. Todas las familias que durante el invierno habia tratado, me invitaban á veranear una temporada con ellos, y esto con tanta insistencia, con tan buena voluntad, que no habia medio de excusarse. Las acepté todas, y me decidí á *gastar* un par de meses, recorriendo de una en otra visita, el vasto territorio de la Union.

Empecé por Mrs. B..., que posee un elegante *cottage* en *Rye Beach*, precioso lugar de verano próximo á Boston, donde se reúne una escogida y pacífica sociedad.

Al segundo día de mi estancia en aquel delicioso paraíso terrenal, recibí Mrs. B... la visita de una de sus vecinas, Mme. P... acompañada de su marido. Mucho habia oído hablar de esta dama, pero ausente de New-York todo el invierno, á causa de su salud delicada, no habia tenido ocasion de hacerme presentar á ella.

Decirte la impresion que me causó su vista, no podria. La miraba y no me daba cuenta si lo que sentia en aquel momento hacia ella era afecto ó enemistad, simpatia ó repulsion; no sabia si la encontraba fea ó bella, elegante ó *cursi*. La oia hablar, y unas veces me parecia oir su voz con agrado y otras con antipatia. No podia darme razon de lo que por mí pasaba. Quise salirme del salon, y no pude. Quise contradecirla algunas veces, y la voz espiró en mi garganta. Tenia vivísimos deseos de gritarle—«Señora, hagame V. el obsequio de marcharse».—

Al fin se fué.

Apenas atravesó el umbral, respiré mas libremente; parecia que me habian quitado un peso enorme del corazon.

Cuando se hubo ido, Mrs. B... me explicó quién era su amiga. Hija de un rico banquero, habia sido educada en París: á los 19 años se casó con Mr. P... que adoraba en ella, y formaban un matrimonio modelo. Tenia dos hijos, dos preciosos querubines, que hacian las delicias de sus padres.

Mme. P... era pequeña, delgada, elegante y esbelta: de modales distinguidos, de una conversacion tan amena que encantaba á cuantos la oian.

Mrs. B... habia invitado á comer para el día siguiente á sus vecinos: no sé porqué, pero me pesó aquella invitacion.

Toda la noche la pasé preocupado con el recuerdo de Mme. P... Por más esfuerzos que hacia para arrancar de mi mente su imágen, más y más parecia aferrarse á ella: llegó un momento en que tuve miedo.

Era que preveia la influencia que podia ejercer aquella muger en mi porvenir?

No lo sé. De lo que estoy seguro es de que la odiaba en aquel momento, y que si hubiera estado cerca de ella, le habria dicho alguna inconveniencia.

Los primeros albores de la mañana vinieron á poner un término á mis angustias: me vestí rápidamente, cogí la escopeta y me lancé al campo, sin idea fija, sin pensamiento determinado, sin saber aún donde dirigiria mis pasos. Largo tiempo erré al azar: el sol empezaba á hacerse sentir, y abrumado por el cansancio me senté al pié de una corpulenta encina, desde donde descubria un panorama asaz pintoresco. Ante mí habia una preciosa casa de recreo, rodeada de un bien cuidado jardin, y en lontananza brillaba el mar, surcado por algunos barquichuelos de pesca. De repente ví abrirse una puerta de la casita y salir una jóven acompañada de dos niños. Fijé mi atencion y la conocí: era ella, Mme. P... con sus hijos. Habia querido huirla y el destino me la ponía otra vez delante.

Estuve contemplándola largo rato. Creyéndose sola, jugaba con sus hijos con una desenvoltura, con una gracia verdaderamente infantiles. Mas de una hora estuve embebecido admirando aquel cuadro. Un criado que salió de la casa, le dió un recado, y entonces, con sus hijos de la mano, se dirigió al *cottage*. Me arranqué á mi éxtasis y me dirigí con paso resuelto á mi morada.

Al fin leia con claridad en mi corazon; al fin comprendia lo que pasaba en mi alma, y decidí alejarme, partir á New-York, antes que la pasion que germinaba en mi pecho, tomara mayor incremento. Aquella muger era demasiado pura y yo bastante honrado para alimentar hacia ella un amor liviano: aquel matrimonio era demasiado feliz, para que yo me atreviera y ella soñara corromperlo.

Llegué á la casa, donde ya me esperaban para almorzar, y en la mesa anuncié mi propósito de marchar á New-York; pero no hubo manera hábil de hacerme oír. Les habia ofrecido estar quince días y tenia que cumplir mi palabra, y como, por otra parte, no alegaba excusa alguna legitima digna de crédito, me fué forzoso resignarme y esperar los sucesos.

A las seis de la tarde entraba en el parque el carruaje de los Sres. P... Todos salimos á recibirlos.

Que linda estaba!

Después de los cumplimientos de costumbre, Mr. B... propuso á su huésped una partida de billar. Yo me aproveché de esta oportunidad para abandonar el salon y me fuí. Tenia miedo á conversar con ella: temia que pudiera leer en mis ojos la pasion que me inspiraba.

Un criado vino á anunciarnos que la comida estaba servida, y pasamos á la mesa. Mme. P... estaba en frente de mí: mas de una vez se encontraron nuestras miradas y mas de una vez tuvimos que cruzar la palabra. Recuerdo que al hacer un movimiento, mis piés se encontraron indiscretamente con los suyos: hubo una ligera presion: Mme. P... me miró y yo bajé mi vista ruborizado.

Qué era aquello? Qué nuevo sentimiento se desarrollaba en mi alma para hacerme obrar así?—Yo nunca he sido un calavera para con las mugeres; jamás he hecho el Tenorio, pero tampoco soy tímido, y quien me ha buscado me ha encontrado.

Terminada la comida, pasamos á un saloncito contiguo, á tomar café. Allí la conversacion se generalizó mas y tuve que tomar una parte activa en ella, pues se me pedian datos y pormenores de nuestra sociedad y de la francesa. Se habló de música, conciertos, bailes, etc., y cuando á las once de la noche avisaron á Mme. P... que el coche la es-

peraba, me quedé frío; no creía que hubieran transcurrido tan rápidas las horas.

Dos días enteros pasaron sin que viera á Mme. P... Por mas que rondé al rededor de su propiedad, y aunque pasé largas horas bajo la encina de que ya me he ocupado anteriormente, no conseguí verla ni un solo instante. Mil veces estuve tentado de hacerla una visita, pero el temor de lanzar una palabra imprudente, de decirle algo que pudiera darla á conocer mi pasión, me detuvo.

Al tercer día recibimos una invitación de Mr. y Mme. P... Esta invitación era extensiva á mí, rogándonos fuésemos temprano, pues quería enseñarnos su propiedad, que había sido concluida aquel año. Aceptamos y al día siguiente, á las cinco de la tarde, subimos al *break* de Mr. B. y nos dirigiamos al *cottage* donde nos aguardaban.

Después de visitar varias dependencias, pasamos al jardín, que estuvimos recorriendo en toda su extensión. Mrs. B. que se encontraba un tanto fatigada, se sentó en un banco rústico, en conversación con su marido; Mme. P. se quedó con el suyo, admirando un precioso rosal blanco de la India, y yo me hallaba de pie, solo, embebecido en mis ideas, separado de cada grupo por un pequeño seto de box. Con la vista fija en Mme. P... seguía estático todos sus movimientos, admirando su talle elegante y flexible, su cuello esbelto como el de un cisne, y su pequeña cabecita, que podía caber entre mis manos. De pronto la vi arrancar una soberbia rosa, llevarla á sus labios depositando en su cáliz un dulce beso, y alargarla sonriendo á su marido. Sentí desgarrarse mi corazón: aquella escena me hizo un daño horrible. Vi á Mme. P... volverse del lado donde yo me encontraba y al hallarme allí, comprendiendo que había sido testigo de una escena tan íntima, un ligero carmin tiñó su frente. Algo debió ver en mi fisonomía: quizá adivinó lo que pasaba en mi alma en aquel momento, pues arrancando otra rosa, se dirigió hácia mí, y tendiendo su diminuta y aristocrática mano, me la dió, acompañada de una sonrisa. Cogí la flor, y sin darme cuenta de lo que hacía, la arrojé con desden por cima de mi hombro: di media vuelta y me alejé con paso precipitado hacia la casa.

Algun tiempo ha trascurrido de esto y aun me avergüenzo cuando pienso en ello. No sé como no pude dominarme, como me dejé arrastrar de mis celos hasta cometer una inconveniencia semejante; pero mi amor por Mme. P... ha sido inexplicable: ha sido una serie de acontecimientos ilógicos que me han hecho sufrir horriblemente.

Durante toda la comida estuvo muy seria conmigo, y cuando precisada por las circunstancias se veía obligada á dirigirme la palabra, siempre era con tono seco é incisivo.

Al día siguiente me despedía de mis huéspedes y partía para New-York. Había decidido no encontrarme mas con Mme. P... y lo mejor era huir de ella.

Mas de un mes pasé completamente retraído. Ni la sociedad que había quedado en aquella ciudad, ni los teatros, paseos, nada me atraía. Encerrado en el Hotel, en un estado continuo de excitación nerviosa, mi única distracción era la lectura, queriendo aplicar á mi situación todas las de los amantes desgraciados que encontraba en los libros. Pero aquel estado no podía durar mucho tiempo: mi salud se iba resintiéndose visiblemente, y me exponía á contraer una grave enfermedad.

Un médico, amigo mio, alarmado al ver mi palidez y abatimiento, tuvo el talento de hacerme confesar la causa de mi malestar, y tanto insistió, y tanto rogó, que al fin pudo obtener de mí la promesa de que iría á tomar las aguas á Saratoga.

Accedí á sus ruegos y partí: qué me importaba á mí estar aquí ó allí?... mi único afán, mi constante deseo era ver de nuevo á Mme. P... y esto no podía, no debía ser...

Llegué á Saratoga, hospedándome en uno de aquellos inmensos hoteles que no tienen semejante en el mundo:

con dos mil habitaciones para viajeros; con corredores y pasadizos interminables, que hay que aprenderse de memoria como las calles de un pueblo; con máquinas de vapor para subir á los pisos superiores; con quinientos camareros de ambos sexos; con cuantas comodidades, en fin, pueda apetecer el lujo mas refinado.

Aquella noche la pasé en relativa tranquilidad: fuera el cansancio del viaje, ó las nuevas impresiones que recibía, dormí con algun sosiego hasta la madrugada. A esta hora el ruido que sentía me indicó que ya había bastante gente de pie. Me vestí y salí á tomar las aguas. Pero cual sería mi sorpresa, cual sería mi admiración al ver entre los *drinker's-water* á Mme. P...!

Quise huir y no pude: mis pies parecían adheridos al suelo, y mi dilatada pupila seguía con placer cada uno de los movimientos cada uno de los gestos de aquella muger, que de tal modo había absorbido todo mi ser, toda mi inteligencia.

Tuve un momento en que dominando mi emoción, pude arrancarme á la fascinación que sufría, y decidí partir, pero al volverme tropecé con Mr. P... que, sorprendido, me tendió los brazos afectuosamente, apretándome en ellos.

—Cómo! ¿V. por aquí? que feliz casualidad: venga V. amigo mio, venga V. á saludar á mi muger...

No había manera de retroceder: hice un esfuerzo sobre mí mismo y avancé resueltamente.

Mme. P... me recibió con su acostumbrada amabilidad: me contó, como por incidencia los motivos que le habían hecho ir á Saratoga, y estuvimos hablando de *choses et d'autres* largo rato, admirando yo cada vez mas su profundo ingenio y su talento y amena conversación.

No voy á hacerte una minuciosa descripción de los quince días que pasamos juntos: solo te diré que en cada uno me sentía mas y mas enamorado de ella y que comprendía que ya me era imposible arrancar aquella imagen de mi corazón y de mi alma.

Una cosa, sin embargo, me extrañaba en Mme. P..., es que un enamorado se extraña de algo. Ella había debido apercibirse de mi amor: mis miradas, la solicitud que siempre ponía en hallarme á su lado y en huir toda otra sociedad y todo otro trato que no fuera el suyo, y sobre todo, esas mil atenciones, pequeñeces de la vida si se quiere, que nada valen y tanto dicen, debían haberle hecho comprender que en mi pecho existía una pasión difícil de vencer. Y Mme. P... parecía jugar con ella, la exacerbaba, la exaltaba y cuando estaba próxima á estallar, en cuanto empezaba á hablarla de amor, con una mirada, con un gesto, helaba la sangre en mis venas y detenía la palabra en mis labios. ¿Era este el manejo de una coqueta?—No lo sé.—Pero me parecía imposible que aquella muger lo fuera. Yo la creía con demasiado talento para ello: sobre todo, yo le había dedicado en mi corazón un culto tan entusiasta, tan ferviente, que no podía admitir, ni aún por un instante, que se hallara al nivel de las almas vulgares.

Transcurridos los quince días, volvimos á New-York: el viaje fué magnífico para mí: Mme. P... sostuvo una amabilidad sin ejemplo. Al desembarcar en aquella ciudad quedamos un momento solos en el magnífico salón de su hotel, y como yo estuviera pensativo, me dijo.—¿Qué le ocurre á V., tiene V. alguna pasión secreta que le mortifique?

—Sí, la tengo; hace tiempo que abrigo en mi pecho un amor grande, inextinguible.

—Y se puede saber quien es la dama de sus pensamientos? continuó con tono ligero y un tanto bromista.

—Y V. me lo pregunta? V. ignora quien es la muger que ha llegado á apoderarse de mi existencia? pues bien, yo no puedo mas, yo necesito decirle que la amo á V., que me es imposible vivir sin tener siquiera el consuelo de poder hablarla de mi amor, sin tener la dicha de que me oiga con benevolencia...

—Que niño es V.—me dijo con una sonrisa.

SOUVENIR DE ROMA



LA VILLA BORGHESE.—Dibujo del Sr. Denis.

—Sí, tiene V. razón; soy un niño, porque la amo con la pasión del niño, porque le he dedicado mi alma entera, sin esperar, sin soñar siquiera en una recompensa...

La llegada de Mr. P... puso término á esta conversacion. Traté de sorprender en su mirada un destello de benevolencia, un gesto de bondad, pero nada: la fisonomía de Mme. P... permaneció impassible.

Algunos minutos despues me despedia de ella: al apretarle la mano no pude menos de decirle.

—Por Dios, señora...

—Está V. loco, contestó con acento marcadamente ofendido.

Imposible me seria pintarte el efecto que estas frases causaron en mí. Cuando durante el viaje se habia mostrado decididamente benévola: cuando ella era la que me habia obligado á hablar, provocando una explicacion, me lanzaba al rostro semejante ofensa. Rompí para siempre mi esperanza, sumiéndome en un mundo de tinieblas y confusiones.

Salí de aquella casa con el corazon desgarrado: mi paso era incierto como el de un borracho: mis sienes latian como si quisieran estallar.

Cuando llegué á mi cuarto, el primer objeto que hirió mi vista, fué el revólver colocado por azar sobre la mesa.

¡Con cuanta fruicion se posaban mis atónitos ojos en aquel arma mortífera! Allí estaba el término á mis sufrimientos y pesares: un poco de valor y todo habia concluido. La vida me era insoportable: entre mi amor y Mme. P., habia un abismo insondable, que solo la muerte podia salvar.

Me arrojé sobre el arma funesta y con un movimiento decidido la dirigí contra mi pecho.

Ya iba á hacer fuego cuando una imagen hirió mi mente.

—Madre mia!—esclamé, y al mismo tiempo una lágrima brotó en mi pupila. Y rápido como el rayo cruzó por mi pensamiento el dolor intenso, la pena infinita de aquel ángel de bondad eterna que me esperaba ansiosa, y ya me era imposible morir: mi vida no me pertenecía, porque el golpe que me habia de privar de ella, arrancaría seguramente la de mi madre bendita, la de aquel sublime ángel de abnegacion, que me habia consagrado su existencia entera.

¡Qué me importaban los amargos desengaños de un mundo venal y vano, si tenia el santo regazo de una madre donde derramar mis lágrimas?...

YRO.

Londres 1878.

LA BAJA MAREA



No sabe lo que se pesca.—Composicion y dibujo del Sr. Ocon.

X.

III

El Ministro de la Guerra creía hacernos un gran favor, y lo que nos causaba era un gran disgusto.

Ni Ernesto ni yo veíamos con placer aquella separación, y bien podía el general haber encargado á otro la compra de caballos para el ejército, pues no recompensaba la cruz que pudieran darle luego, la pena que habíamos de experimentar ambos.

Y si al menos hubiera sido en Europa, menos mal, porque yo hubiera podido acompañarle; pero en Africa, donde no hay caminos, ni fondas, ni comodidades de ningún género, se hacia imposible mi presencia.

No había medio de renunciar aquella distinción, y por lo tanto, las lamentaciones eran inútiles. Se decidió el viage, y mientras durara la ausencia de Ernesto pasaria yo una temporada en la Alhambra, en unión de mi madre.

Acompañé á mi marido hasta Cádiz, donde se embarcó para Gibraltar, de cuyo puerto debia pasar á Marruecos, y me volví á Granada.

Mi vida no podia ser mas monótona: era nuestra primera separación, y echaba de menos á mi esposo, que había llegado á formar parte integrante de mi existencia.

Por la mañana á las seis, daba, ó bien sola ó bien acompañada de mi doncella, un prolongado paseo por las frondosas alamedas del palacio árabe, ó por los jardines del Generalife; y por las tardes, á la puesta del sol, circulaba libremente por el *Carmen* de Calderon, extasiando mi alma en la contemplación del espléndido panorama que á mi vista se desarrollaba, dejándome admirar una de las vegas mas ricas y fértiles del mundo, mientras mi pensamiento volaba en alas del deseo en busca del amado de mi corazón.

Rara era la noche que concurría al *parlour* del Hotel Siete Suelos, donde me hospedaba; pero en una de ellas conocí á Carlos de Huescar, quien unido desde la juventud por estrechos lazos de amistad con Ernesto, se apresuró á hacerme toda clase de ofrecimientos.

Casi todas las mañanas me lo encontraba en mis paseos: á veces me saludaba atenta y políticamente, y seguia caminando, y otras se aproximaba á mí, y me acompañaba, paseando juntos hasta el regreso á la fonda.

Nuestra conversacion giraba siempre sobre el mismo tema: Ernesto.

Encontraba tanto placer en hablar de mi esposo, que las horas trascurrian rápidas y felices sin darme cuenta de nada, y como Carlos sabia reanudar á tiempo la conversacion, y siempre tenia alguna anécdota ó algun rasgo característico de Ernesto que referirme, lo oía con tanta satisfacción, que casi llegué á hacerlo mi confidente, refiriéndole multitud de detalles de nuestra vida íntima que yo juzgaba favorables á mi marido.

De tal modo me habia acostumbrado á su compañía que la mañana que no me lo encontraba, ó

que despues de saludarme seguia impasible su camino notaba un vacío, un no sé qué, un desasosiego como si me faltara algo; y mas de una vez tuve que pararme y detenerlo á fin de pasear juntos y hablar de Ernesto.

Una mañana que nos hallábamos sentados en el *parterre* del Generalife, y cuando hacia un rato que permanecíamos en silencio, embebidos en nuestros pensamientos, le oí dar un profundo suspiro: alcé la vista y lo miré; entonces Carlos cogiéndome una mano, que la sorpresa no me permitió retirar, exclamó:

—Es menester separarnos, Maria.

—Separarnos?... y porqué? le dije con extrañeza.

—No me lo pregunte usted, me dijo: quizá no me comprenderia.....

—En efecto, no lo comprendo, y si usted no se explica.....

—Hay ciertas cosas, señora, que no se pueden explicar; hay que comprenderlas desde un principio, porque sino todas las esplicaciones son inútiles. Yo he jugado con fuego, y hoy me abraso.

Me quedé anonadada; aquella declaracion inesperada caia sobre mí como un golpe de maza, embargando mi espíritu y dejándome sin voz.

No supe qué responderle ni qué decir, porque mi alma luchaba entre el afecto que aquel hombre me habia inspirado y mis sentimientos, y mas que nada, mi sorpresa.

En honor de la verdad debo decir que la imagen de mi esposo no fué lo primero que se presentó á mi mente, y que al oír la inesperada confesion de Carlos de Huescar sentí cierta emocion de vanidad, de alhago, que me costó trabajo reprimir. Pero el cumplimiento de mi deber fué superior á todo.

—Si, tiene usted razon; es necesario separarnos, le dije con voz emocionada; uno de los dos debemos partir, y ruego á V. me diga si puede hacerlo.

—Si, señora; yo seré quien me aleje, porque crea V. que soy un hombre de honor.

Y así diciendo llevó mi mano, que aun conservaba entre las suyas, á la boca.

Al contacto de aquellos ardientes lábios sentí un estremecimiento de placer recorrer mi cuerpo; pero cosa estraña, al mismo tiempo me puse de pié como impelida por un resorte.

—Si, Carlos, parta V.; cuanto antes mejor.

Carlos deslizó su brazo derecho al rededor de mi talle, tratando de oprimirme sobre su pecho; mas previendo el peligro, supe deshacerme á tiempo del fatal lazo que me envolvía, y sin dirigirle una reconvencion eché á andar.

—Una sola palabra antes de marchar, Maria. Se lo ruego á V.

Me detuve, y mirándole sin odio ni rencor, le dije:

—Hable usted.

—Acaso me he escedido, pero la pasion no raciocina; perdóneme V., pues. Quería llevar un recuerdo de las horas de felicidad que he pasado cerca de V., y quería mas, quería una recompensa á mi sacrificio: veo que la he disgustado y vuelvo á impetrar su perdon. Me dá V. la mano?

Vací un momento, pero comprendiendo lo que pasaba por su alma, le tendí mi mano en silencio.





Imp. H. Lefevre, Paris.

Ad. Goubaud & fils Editeurs.

M A L A G A

SEMANARIO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid



—Gracias, me dijo: desde hoy disponga V. de mi vida!

Y conteniendo á duras penas una lágrima que asomaba á sus ojos, se alejó rápidamente.

Cuando le vi marchar, di un suspiro en que habia tanto de pena como de satisfaccion. De pena por él; de satisfaccion por mí y por Ernesto.

A las diez de la mañana, salia Carlos de Huescar para Madrid. Oculta tras las persianas de mi balcon le vi subir al coche, y, condicion humana, sentí que se fuera; pero me acordé de Ernesto, y su recuerdo me llamó al cumplimiento de mi deber.

MARIA DE LA PAZ.

CANTILENA

«Por qué del caramillo
no saca ora mi aliento
aquel tono sencillo?
Por qué con triste acento
solo acierto á decir quejas al viento?»

Por qué ya mi ganado
en las horas estivas
no busca el fresco prado?
Las canciones festivas,
por qué á mi oído son duras y esquivas?

Por qué las bellas flores
que á mi paso afanosas
con sus gratos olores
se alzaban tan hermosas,
si ahora paso, se ocultan presurosas?

Cuando de su cabaña
Cloris bella salia;
el valle y la montaña
llenaba de alegría
y toda la pradera se reia.

Su pelo derramado,
que era envidia del oro,
trenzaba de contado,
y con gentil decoro
tapaba de sus pechos el tesoro.

Luego en la clara fuente
su imagen retrataba,
y adornaba su frente,
mientras que se miraba,
con ramillos que yo le preparaba.

¡Oh terribles dolores!
Su bello cuerpo frio,
los crueles pastores
con enojoso brio
arrancaron por siempre al pecho mio.»

Así con vário giro
un pastor se quejaba;
luego daba un suspiro,
y luego comenzaba
otra vez, y de nuevo se callaba.

REMO.

Junio, 1878.

MODAS

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO

TOILETTE DE BAÑOS

Este traje, de forma *princesa*, se hace en falla y brocado-granadina, de color azul marino: esta tela, que es muy trasparente, forma la parte principal del traje. Un volante plegado en blanco, rodea todo el bajo del vestido; un delantal de listas grabadas adorna por delante la falda. El *brocart* va doblado, bajo las caderas, con un plegado regular y uniforme, y unido á la *faille*. Por detrás esta misma tela, forma un elegante *pouff*, cayendo despues en *trainé* sobre la falda de falla. Una banda de *satín* azul, orlada en seda roja, rodea el filo del cuello del vestido y sigue bajando por delante; lo mismo que los bordes que cierran las listas *laminées* del delantal. Esta banda debe ir llena de ojales; á traves de los cuales pasan finisimos bullones de cintas. Un nudo grande viene á terminar esta banda que baja por medio del pecho, formando la punta del delantal de franjas. El borde inferior de la enagua de *brocart* lleva tambien una banda igual á la que acabamos de describir.—Sombrero redondo de *paillason*, con grandes alas, recogida de un solo lado y bordadas en terciopelo, haciendo juego con el color del traje. Una pluma blanca, forma amazona, rodea la copa del sombrero, cubriendo el sitio por donde está cogida, *agrafé*, un grupo de flores silvestres, entre las que domina la amapola. Guantes de malla.—Zapato bajo en negro ó en *peau dorée*, con un pequeño lazo sugeto por un monograma de plata ú otro capricho cualquiera. La ropa blanca interior debe ir abierta por delante, con adornos de *crêpe* liso, plegado y adornado ligeramente con encages *valenciennes*.—Media de hilo de un solo color.

GOUBAUD & FILS.

Paris, Julio de 1878.

PASATIEMPO

Solucion á la fuga de consonantes.

Por no dar limosna á un pobre,
un hipócrita en la plaza,
—Yo las doy, dijo, en silencio
como Jesucristo manda.—

CHARADA.

Impelida fuertemente
por una *dos* y *primera*,
izando su banderola,
una gallarda corbeta
al divisar nuestro puerto
entra en la *segunda* y *tercia*.
El Todo no te lo digo
porque veo que te quemas.

UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.***

(Continuacion)

Cuando aquella señora me entregó su targeta me saludó y se fué. Aquella misma noche deliberé conmigo mismo un instante si debía ó nó ir á su casa. Me figuré que podia ser una reunion de poca importancia, en la cual me tratarian seguramente en provinciano. La comparacion entre la parte picante de la aventura por la mañana y la naturalidad de una visita hubiera sido mas bien desagradable que otra cosa; y así que decidí no ir.

Rompí la targeta, y ya ni me acuerdo siquiera del nombre de aquella señora ni de las señas de su domicilio, prefiriendo solo conservar el recuerdo de aquella aventura como se conserva el recuerdo de un viage. Si llegaste á figurarte que este seria el fin de mi cuento, tienes razon en decir que las conclusiones de ambos serian diferentes.

Mis negocios aquí han concluido tal como deseaba; es decir, mal, pero pronto. A fuerza de sacrificios y concesiones he ganado tiempo, pero un tiempo que no sé como emplear ahora.

Podria salir hoy mismo para esa; ¿pero á qué? ¿No seria mejor seguir mi viage para la exposicion de Paris, y en aquel bullicio procurar un lenitivo á mis penas, mejor que marchar á Málaga, donde ya supongo lo que me espera?

Cuando pienso en los hermosos dias de nuestro amor, en que todo lo que nos rodeaba se nos volvía placer y alegría, y en que nuestras sensaciones se multiplicaban por el cambio de nuestras ideas repetidas hasta lo infinito, como se repiten los objetos en dos espejos que se colocan en frente uno del otro. ¡Mas ay! que aquel tiempo ya pasó, y ahora mi sentimiento hace producir en mi ser el llanto y la desesperacion.

Por momentos se apodera de mí la loca idea de luchar contra ese poder que te arrebató lejos de mí, pero juzgo imposible evitarlo, y comprendo cuan arraigada está en tu corazon esta idea, y la resistencia que tú misma opones para destruir esas quimeras que la razon nos dicta que se rechacen.

Me has dicho que ninguno de los dos somos capaces de esas resoluciones que cambian las mas graves situaciones. ¿De qué nos serviría tal esfuerzo ni para qué emplear este movimiento impulsivo de mi alma?

Tu amor ha concluido. Ya no me quieres como me querias antes; esta es la causa principal de nuestro estado, y sabido es que esta enfermedad no conoce remedio.

Otro podrá ofrecerte mas talento, mas imaginacion, ¿pero quererte mas? eso es imposible.

Pero puesto que es preciso separarnos, adios! Sé feliz.

Eduardo.

VIII

Málaga 30 Mayo.

Sé que estas en el campo y no quieres venir á casa. Te escribí á Madrid, y tal vez no hayas recibido mi carta cuando nada me has contestado.

Cualquiera que sea tu determinacion, quiero y necesito hablarte, y para ello estaré en casa á cualquier hora y en cualquier dia que quieras venir.

Te espera

Elena.

La persuacion de que no habia remedio para su desgracia, no disminuía en nada la desesperacion de Eduardo.

Su carácter era de aquellos expansivos en la alegría al par que reconcentrados en el dolor, y del cual ignoran las penas aun aquellas mismas personas que las causaron.

Tenia determinado Eduardo hacer un largo viage y habia venido á Málaga por algunos dias para arreglar sus negocios, y se disponia á llevarlo á efecto, cuando recibió la carta de Elena.

De seguida fué á verla.

Á no haber estado tan conmovido, de seguro hubiera visto la sensacion que experimentó Elena á su llegada. El libro en que estaba leyendo se le cayó de la mano, y se apresuró á empujarlo con el pié bajo el sofá donde se hallaba sentada.

A pesar de esta verdadera y viva expresion de simpatía, cada cual tomó una actitud afectada, procurando ocultar sus sentimientos, colocándose así en las mejores condiciones para decirse mutuamente lo que menos pensaban y lo que mas podria disgustarlos.

¡Tal es la condicion del orgullo humano!

—Mucho me alegro, dijo Eduardo, el verte tan vestida y elegante para recibirme. Sin duda estás así para participarme oficialmente el estado de tus nuevas impresiones.

—No ha sido para eso para lo que te he llamado, dijo Elena con seriedad afectada; yo creía tener un marido con algun mas corazon que el que le habia conocido siempre: pero tus palabras me hacen conocer que no es así, y que voy á ser mas libre de lo que esperaba.

—¿Cómo libre?—Pues qué, la aventura del Calvario no te ha encadenado, como parecía que era tu deseo?

—Léjos de eso, el resultado fué el que me propuse desde el primer dia.

—De veras? dijo Eduardo ocultando un movimiento de alegría bajo una falsa apariencia de curiosidad.—¿Podria saberse la conclusion de aquella aventura?

Yo recuerdo que interrumpiste la relacion de tu historia en el momento en que aquel joven declaraba su amor y en tu mirada dulce se le prometía una respuesta favorable. Sola una palabra faltaba para concluir aquella historia, y si no la escribiste creo que debió ser porque yo no debia saberla.

(Continuará.)